

EL RINCÓN DE VÍKTOR

Martes, 02 de Noviembre de 2010



CUADRAGÉSIMO CAPÍTULO. EL VIEJO ROBLE

Felipe no dejaba de mirar fijamente, atónito, casi inconsciente, con la mirada perdida, intensamente a aquello. A pesar de contar con tres años, sus ojos, simplemente con la sola expresión de su mirada, parecían contar la historia de aquel lugar. Su iris castaño centelleaba en un llanto tímido, secreto, como el de un hombre maduro que está preparado para contar todo lo que ve. Él, sin embargo, aunque parece estar dispuesto a hacerlo, en realidad no puede. Apenas maneja unas decenas de palabras en su pobre castellano, propio de su edad. Pero a falta de palabras, Felipe nos cuenta todo a través de su mirada. Los capilares que rodean su iris son las letras de todas aquellas palabras que quisiera escribir, pero que no sabe aún cómo hacerlo. Sus pupilas son los puntos y las comas, los acentos, y sus párpados con sus largas e imponentes pestañas, los renglones y los márgenes. La expresión de su mirada lo dice todo. Es algo terrible, algo inquietante. Felipe siente miedo. Tal vez, pareciera que lo acababa de presenciar. Sin embargo, no es así, es un miedo muy familiar el que siente al ver aquello. Guarda una actitud paciente, tranquila, calmada, como de quien ya está acostumbrado a ver lo que está presenciando en este instante.

La familia de Felipe se trasladó a vivir allí hace ahora unos cinco años. Felipe, por lo tanto, se ha criado allí. Se trata de una casa de labor antigua en adecentar para sacarla del ruinoso estado en que se encontraba. Tiene dos plantas, y en la superior, Felipe duerme junto a la cama de sus padres en el dormitorio conyugal. La cuna está situada junto a la ventana que da al exterior, a la entrada. En realidad, el padre de Felipe es administrador de una finca enorme, terreno que queda a las espaldas del caserón. La casa no queda lejos de la ciudad. Felipe y su familia disfrutaban de un ambiente rústico bastante saludable.

La primera vez que Felipe vio aquel desvencijado roble apenas si había comenzado a andar. Tras una zona de encinos y antes de entrar en una explanada inmensa de viñas y de olivos, una forma casi fantasmal aparecía en el horizonte. La verdad es que a la familia no le gustaba que aquél árbol permaneciera allí. El padre había intentado talarlo, pero, el dueño de todo aquello, su jefe, se lo prohibió tajantemente. Era una promesa que le hizo a su padre en el lecho de muerte: aquel viejo roble nunca debía talarse ni ser arrancado, por muy mal que estuvieran las cosas. Y estaba decidido a cumplirla hasta el final. A la madre de Felipe y a sus dos hermanos, no les gustaba para nada tenerlo ahí, pues había algo raro que creían sentir al pasar a su lado. La madre de Felipe decidió sacarlo para que caminara por el sendero que terminaba a los pies de ese roble demacrado. Estaba atardeciendo y el cielo se fue coloreando de rojo. Felipe iba de la mano de su madre. Y, casi instantáneamente, se quedó parado, petrificado, no quería continuar. Sin embargo, no lloraba. Pero miraba fijamente al viejo roble. Su madre comenzó inmediatamente a preguntarle qué le sucedía. El niño solo pudo levantar su bracito derecho y con su índice, señalar en dirección al roble. Decenas de lágrimas comenzaron a surcar sus mofletes, y quería gritar, pero no lo hizo. Finalmente, su madre, lo tomó en brazos y le hizo regresar hacia la casona.

Jugando con sus dos hermanos, en otra ocasión, y sin darse cuenta, llegó él solito al mismo lugar. Felipe siempre se quedaba quieto, como si se transformara en una inanimada estatua, a unos diez metros de distancia respecto al roble. Sus hermanos volvieron a interesarse por lo que le pasaba al pequeño cuando lo encontraron. Felipe, pudo chapurrear lo que buenamente pudo: *Home hay, abol, en ábol*. Mientras un escalofrío les recorría todo el cuerpo, sus dos hermanos comenzaron a girar sus cabezas en dirección al roble. Pero no vieron más que al anciano roble. Nada ni nadie más.

En otra ocasión, con motivo de la celebración de la Primera Comunión del hermano mediano, la familia organizó una fiesta junto a la parte trasera del caserón. A lo lejos se veía la silueta inconfundible del viejo roble. Era ya de noche, la familia apuraba los últimos coletazos de la fiesta cuando se formó una enorme tormenta, y la luz eléctrica se iba y se venía a cada segundo. En una de esas idas y venidas, Felipe volvió a mirar embobado al viejo roble. Ésta vez, tomó a su madre de la mano y la hizo caminar en dirección al roble, justo hasta unos diez metros respecto al roble. Le iba diciendo, mientras, por el sendero: *Mira mamá, home, hay home en ábol*. Su madre, le dijo asustada: *No cariño, ahí no hay nadie, vámonos a casa que está chispeando ya*. La fiesta acabó cuando arreció la lluvia, y tuvieron que refugiarse definitivamente en el interior de la casa. Cuando al día siguiente, los padres de Felipe estaban recogiendo los restos de la fiesta se percataron de algo. A lo largo de todo el camino, en su borde derecho, alguien había dejado sus huellas, con un pie de gran tamaño. El barrizal había delatado a aquél caminante. Aunque aún estaba la tierra muy húmeda, el padre de Felipe, ataviado con sus botas de agua, no dudó en salir en busca de aquél individuo. Pero las huellas dejaron de sucederse cuando llegaron a los pies del viejo roble. Solo había huellas en ese tramo, y en dirección al roble, no había huellas en otra dirección distinta. Merodeando alrededor del roble, el padre de Felipe quedó desconcertado. A los pies del roble, aparecieron un par de sandalias de esparto embarradas.

La Policía científica se hizo cargo de las sandalias. Al parecer, no solo contenían barro. En sus fibras, había impregnaciones de sangre, que a juzgar por su estado, no era reciente, sino de varias décadas antes. El propietario de la finca, al conocer los hechos, acudió a conversar con la familia. Y cuando vio las sandalias le dio un vuelco el corazón. Eran las sandalias de su abuelo, muerto unos cincuenta años antes. Además, había bordadas en la tela con hilo, unas iniciales que corroboraban la versión del propietario. La familia quiso salir de aquella finca cuanto antes, pero la labor de los psicólogos y el convencimiento del padre de Felipe, los hizo cambiar de opinión. Todo se estaba tornando siniestro.

Felipe se seguía sintiendo atraído hacia el viejo roble cada vez que lo veía en el horizonte. Y les volvía a contar lo mismo. Él seguía viendo a un hombre allí, a veces sentado a los pies del roble, a veces subido en él, otras, apoyado en uno de los lados sobre el tronco. Y decía que lo llamaba y le ofrecía caramelos. Con la ayuda de un psicólogo pudieron saber el aspecto del tipo que solo veía Felipe en aquel roble. Sobre un folio, no dudó en pintar aquel viejo roble con todo su colorido, y como agarrando el tronco a su derecha, un hombre alto con una boina, una camisa blanca manchada con manga larga,

chaleco negro, pantalones azules hasta los tobillos atados a la cintura con una especie de cuerda, sandalias, y en la mano que no estaba cerca del roble, Felipe pintó un hacha, pero con el filo pintado de rojo, y goteando. Muchos detalles en un dibujo de un niño de tres años. Estaba claro que Felipe estaba viendo algo. El dueño de la finca, al ver el dibujo, inmediatamente reconoció la imagen de su abuelo, sobre todo, por el tipo de ropa dibujada. El abuelo del dueño de la finca se llamaba Julián.

Esta mañana, Felipe ha vuelto a mirar al viejo roble. Sabe lo que está viendo, y sabe que tiene miedo. Está paralizado, y sus ojos nos lo están contando todo. Está sólo. Tras unos minutos, corre hacia su casa llamando desesperadamente a su madre. Cuando ambos lograron tranquilizarse, Felipe pudo decir: *Mamá... home mueto... en ábol...* La madre salió disparada hacia el roble. Allí encontró una soga atada al tronco con tres nudos y echada por encima del ramal más grueso. No había nadie, solo la soga, balanceándose en un movimiento pendular de derecha a izquierda y viceversa, una escena propia de un suicidio recién cometido. El dueño de la finca confesó en el parte policial: *Mi abuelo Julián, como consecuencia de una disputa por las lindes de la finca, mató una noche de verano hace unos cincuenta años, a los que eran dueños de las fincas colindantes. Se dio cuenta de lo que había hecho, y al amanecer, se desató la cuerda que llevaba anudada a la cintura sujetando sus pantalones, y se ahorcó colgándose del viejo roble. Mi familia pagó una fuerte indemnización a las familias de las víctimas y así acabó todo. Pero mi padre me confesó que siempre que él venía a estas tierras, siempre creía ver a mi abuelo cruzando el sendero en dirección al árbol, como si la secuencia de su suicidio se intentara hacer visible una y otra vez. Mi padre cogió miedo a volver a vivir aquí y consiguió contagiármelo a mí. Yo no he llegado a pasar más de dos días seguidos aquí, y nunca he pisado el sendero hacia el roble. Recuerdo a mi abuelo perfectamente, a pesar de que, cuando murió, apenas tenía yo unos siete años. Mi padre me hizo prometer en su lecho de muerte que no talaría el roble, y ahí está. Ahora lo entiendo todo. Mi abuelo, sigue viviendo de alguna manera en aquel roble.*

